

15 céntimos el número



SEMANARIO ILUSTRADO

Año II.

Barcelona 4 Febrero de 1893

Núm. 36

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.^a, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



CORDELIA

CUADRO DE A. REIFFENSTEIN

SUMARIO

Texto. — Crónica, por B. — Noiraud, por LUDOVICO HALÉVY. — Ande yo caliente (poesía), por LUIS DE GÓNGORA. — Sonetos, por don FRANCISCO DE QUEVEDO. — Manila y sus alrededores, por el doctor SAMUEL KNEELAND, traducido del inglés por J. COROLEU. — Nuestros grabados. — Mesa revuelta. — Recreos instructivos. — Advertencias.

Grabados. — Cordelia, cuadro de A. REIFFENSTEIN. — Simpatía, dibujo de JOSÉ LLOVERA. — ¡Una velal cuadro de ULISES BUTIN. — El hambriento, por N. MORAL.



Crónica

DEL Panamá se sigue hablando en Francia y en todas partes. La cosa va resultando una estafa tan colosal como lo era la empresa de abrir el canal en proyecto. Hoy todo el mundo grita, en la nación vecina, contra los administradores de la Compañía y se quiere para ellos un ejemplar castigo, y los mismos que así obran hoy son, acaso, los que hace cuatro ó cinco años trabajaban con ahinco para que el gobierno amparase á la citada empresa que iba ya por los suelos, según se veía claramente. Deseaban cuantos habían puesto sus capitales en el negocio, con esperanzas de gran lucro, que no se fuese á rodar todo, que no se hubiera de proceder á la liquidación, que se continuasen los trabajos del canal, á fin de ver si se contenía la baja de los valores del Panamá y de aprovechar la primera coyuntura para soltarlos, acogiendo al refrán castellano que dice: «el que venga atrás que arree.» Hubo, empero, un momento en que el diablo tiró de la manta y el diablo en esta ocasión fué M. Deiahaye, y entonces los mismos panegifistas de la Compañía de Panamá se convirtieron en acusadores y son los que hoy más alborotan. Es cierto que á cada instante se descubren escándalos más gordos. Un testigo de las obras da, sobre el desbarajuste que reinaba en ellas y sobre las estafas que se cometían, datos en alto grado curiosos. Un vagón cargado de una mercancía determinada iba y venía tres ó más veces por el camino de hierro, figurando otras tantas su entrada, sin que en realidad se descargase la mercancía, y cobrando también el expedidor su importe tres ó cuatro veces.

«Los transportes, dice este testigo, eran muy rápidos. No se daban á los interesados más que veinticuatro horas de tiempo para retirar las mercancías que se les enviaban, so pena de una multa de diez pesos por cada día de retardo, gracias á lo cual la descarga se verificaba de cualquier modo, algunas veces á ciento y á doscientos metros de su destino. A veces en un trecho de algunos kilómetros se veían abandonadas por el camino armaduras de hierro, rieles, piezas de maquinaria que permanecían allí por mucho tiempo. Por un motivo ó por otro no se había podido retirar todo aquello ni en seguida ni al día siguiente: se contraía la costumbre de verlo así, no se quitaba nada del sitio en donde se encontraba y al fin que-

daba todo olvidado. Por mis propios ojos he visto objetos que, descargados en 1886, se hallaban en el mismo sitio en 1890. ¿Y en qué estado? No servían ya para nada ni nada valían. ¿Se quiere saber la pérdida causada por el abandono y el olvido de aquellos objetos? Su coste, fabricación y transporte se puede calcular en dos y medio francos el kilogramo. Había cuatro millones de kilogramos, y su valor, por tanto, de diez millones de francos. Pues bien, todo esto se ha vendido como hierro viejo á la casa Jarly Benech, de Savona, cerca de Génova, á razón de seis francos los cien kilogramos, ó dígase 240,000 francos. ¡9.760,000 fueron para el orín!»

* * *

Inglaterra va á pasar de seguro malos ratos en Egipto. No todo son flores allá para la poderosa Albión. Tras de los derviches del Mahdi, se le ha aparecido la oposición del virrey Abbas Bajá Hilmi, quien la demostró echando de su ministerio á los consejeros favorables á los ingleses. Reclamó lord Cromer, representante de Inglaterra, y cedió el joven kedive, si bien, al parecer, no en todo. El soberano egipcio fué objeto de entusiastas demostraciones por parte de los estudiantes del Cairo. La rebelión, pues, se inicia, y sea cual fuere su término, dará que hacer no poco á los ingleses.

* * *

La emperatriz de Austria, que viaja por España, gozará en estos días de la inapreciable fortuna de poder apartar la atención de todo este cúmulo de suciedades y miserias. El hermoso país de Andalucía tiene encantada á la augusta señora, que, libre de las enojosas trabas de la etiqueta, recorre sus más hermosas ciudades como la más modesta viajera, disfruta de los preciosos espectáculos que allí ofrece la naturaleza, se embelesa contemplando los magníficos monumentos de Granada, Córdoba y Sevilla, y se solaza, por fin, viendo escenas populares llenas de la gracia y del donaire que en tanto grado poseen los naturales de aquella tierra. Habíase propuesto la Emperatriz ir á Aranjuez para saludar á la Reina Regente, que se hubiera trasladado ex profeso á dicho Real Sitio; pero le ha tenido miedo al frío, que hubiera sido dañoso para su delicada salud, y á las nieves, que en los últimos días han cubierto extensas comarcas del Centro y del Norte de nuestra patria. El invierno de 1893 va siendo uno de los más rigurosos de este siglo, porque á la intensidad del frío se han agregado la abundancia de la nieve en unos puntos y los temporales y las aguas en otros. En el Mediodía los ríos tuvieron grandes avenidas y produjeron inundaciones; en el Norte, en la costa Cantábrica, la nieve puso á sus vecinos en incomunicación con el resto de la península, y en el Norte de Cataluña, en la región del Ampurdán, lo propio que en el Mediodía de Francia, los vendavales, la tremenda *tramontana*, causaron daños de cuantía, retrasaron los trenes, tumbando el viento algunos vagones y poniendo en riesgo la vida de las personas que habían de trabajar al aire libre.

* * *

La crudeza del invierno ha sido origen también de enfermedades. En Madrid reinó como una epidemia de afecciones de los órganos respiratorios. Una de ellas causó la muerte del teniente general don José Arrando,

bizarro militar que peleó valientemente en la última guerra carlista y que era también un católico á macha martillo, al modo del general Castillo, que le precedió de pocos días en la tumba. Durante la guerra, cuando en las regiones del gobierno imperaban ideas poco favorables á la Religión, Arrando exigía de los cuerpos que mandaba el cumplimiento de prácticas religiosas que otros jefes ó descuidaban ó suprimían expresamente.

Acaso también los fríos de Madrid pudieron influir en el ataque congestivo á la cabeza que sufrió el conocido hombre de Estado don Cristino Martos y del cual no pudo reponerse, á pesar de los desesperados esfuerzos que hizo la ciencia médica para conseguirlo. Don Cristino Martos era una figura en la política española. El juicio que de él se haga podrá ser más ó menos benévolo, pero sea cual fuere, es imposible dejar de reconocer sus cualidades de talento y su oratoria vigorosa, que había empleado en el Congreso, y más todavía, quizás con mayor fortuna, en el Foro, tratando asuntos de derecho criminal, especialidad en la que se distinguió entre los jurisconsultos madrileños. Por lo reciente se recuerda el papel que desempeñó durante la revolución de Septiembre, en la que formó en el grupo de los llamados *cimbrios*, que tanto dió que hacer á los gobiernos de entonces. Después de la Restauración estuvo navegando por algún tiempo en las aguas del partido republicano, mas después vió las raras prendas de inteligencia y de carácter que poseía el rey don Alfonso XII, y sintiendo ya inclinación por la monarquía, franqueó la «honesta distancia» que de ella le separaba, y empezando por acompañar á Palacio á una comisión que obtuvo una audiencia del malogrado monarca, acabó por ser partidario decidido de la dinastía legítima de España. A su muerte se le han tributado honores regio, asistiendo á su entierro los hombres más sonados de todos los partidos políticos de España, y á su frente los señores Cánovas del Castillo y Sagasta. ¡Dios haya concedido á su alma la gloria eterna!

* * *

La tumba se ha abierto también para otros varones insignes de nuestra patria. José Zorrilla, el poeta genial, el que hizo revivir en sus admirables romances la España antigua, el autor del drama más popular en el teatro castellano de nuestra época, entregó su alma al Criador, en Madrid, donde hace algún tiempo residía, y en donde se le hicieron suntuosos funerales. Todos los españoles se asociaron al dolor que causó la muerte de Zorrilla, verdadera gloria nacional, y á cuya memoria dedicaremos más largo espacio en otro número. Casi con el fallecimiento del insigne poeta, coincidió el del señor don Emilio Bravo, presidente del Supremo Tribunal de Justicia, y magistrado de superiores méritos. ¡Descansen en paz sus almas!

* * *

No ignoran nuestros lectores los inmensos beneficios que de las Órdenes religiosas han reportado nuestras islas del Archipiélago Filipino. Los padres Jesuítas, Agustinos y Dominicos vienen siendo de siglos los defensores del nombre español en aquellos remotos países, debiéndose á su enseñanza y á su elocuente palabra el respeto que los naturales tenían hasta hace poco, y aún tienen, si bien perturbado por propagandas antipatrióticas, al *castila* ó español de la península. Un periódico romano publica

sobre una de las expresadas órdenes, la de Santo Domingo, datos que son por todo extremo interesantes. A su cuidado se encuentra el Colegio de Santo Tomás de Aquino, en Manila, elevado á Universidad en el reinado de Carlos III. Lo secunda el Colegio de San Alberto. Tiene colegios dirigidos por religiosas de la orden para la instrucción de la mujer, misioneros párrocos en las provincias de Manila, Cavite y Laguna, y vicarios provinciales en Luzón, Nueva Vizcaya y en otras cuatro provincias del Archipiélago Filipino. La Orden de los Hermanos Predicadores cuenta en Filipinas 10 provincias, 60 parroquias, 22 misiones, 3 obispos, 26 lectores, 60 párrocos, 22 misioneros, ó sea un total de 206 religiosos y 41 religiosas. A su cuidado están confiadas 700,000 almas, y á principios del año último, fecha de los postreros datos llegados á la Propaganda Fide, se sabía que habían administrado en el anterior 27,576 bautizos, celebrando 7,307 matrimonios.

* * *

Buena la están armando los partidos políticos, singularmente los liberales, con ocasión de las venideras elecciones para diputados á Cortes. Necesitaría el señor Sagasta disponer de quintuplo número de distritos para satisfacer las exigencias de los jefes y subjefes, y para contentar á tanto pretendiente como aparece, y aun así es muy probable que no pudiese lograrlo. ¡Dios de Israel y qué cosas van á verse! ¡Qué candidatos se presentarán, unos ni siquiera conocidos en su pueblo y otros de talla tan pequeña que ni á alcaldes de barrio hubieran podido aspirar en otro tiempo! Necesitábanse antes cualidades de arraigo, de posición ó de superior talento; haber contraído méritos positivos en favor del país, para que se pudiese aspirar á la representación del país en Cortes, so pena de que los electores se burlasen del atrevido y le diesen una merecida lección desairándolo. Hoy todo el mundo sirve para diputado. Con haber mangoneado en un comité y haber sido concejal en cualquier aldea, y aun menos, porque esto ya es algo, aunque poquísimo, cátese ya al político ambicioso en condiciones para figurar en candidatura, para que la apoye un cacique ó muñidor, para que le empuje el gobernador de su provincia y para que le *encasille*, como ahora se dice, el mismísimo presidente del Ministerio y protojefe de su partido. Así van las cosas y así resulta tan soberanamente estéril la labor de las Cortes.

* * *

El 21 de Enero se conmemoró el centenario de la muerte del infortunado Luis XVI de Francia, una de las mayores infamias, una de las más espantosas iniquidades que registra la Historia. Dios, en su infinita justicia, premiaría al Rey Mártir con la gloria inmarcesible de la bienaventuranza eterna, mientras la patria de sus verdugos, tras de repetidos infortunios, expía quizás de nuevo aquel crimen, en estos mismos instantes, pasando por una de las mayores vergüenzas y sufriendo una de las calamidades más dolorosas para un pueblo descreído y materialista.

B.

Noiraud



No tenga usted cuidado, caballero, no se le escapará el tren... hace quince años que llevo pasajeros al ferrocarril, y nunca se les ha escapado el tren. ¿Lo oye usted, caballero? ¡nunca!

—Sin embargo...

—¡Oh, no mire usted su reloj!...

Porque es preciso que sepa usted, y eso el reloj no se lo dirá, que el tren llega siempre con un retraso de un cuarto de hora. No recuerdo que ni una sola vez haya llegado sin retraso.

Pero lo que nunca había ocurrido, ocurrió aquel día; el tren llegó a la hora precisa y no pude alcanzarle. Mi cocheró se puso furioso.

—Debe usted advertirnos, decía al jefe de estación, debe usted advertirnos si es que los trenes, de repente y sin saber por qué, son puntuales... ¡Cuándo se había visto eso!

Y tomando por testigos á todos los presentes les decía:

—¿Vieron ustedes nunca cosa semejante? No quiero que este caballero se figure que es culpa mía. ¡Un tren á la hora exacta!... Háganme ustedes el favor de decirle como es la primera vez que esto sucede.

No se hicieron de rogar, pues todos exclamaron á un tiempo:

—¡Oh, sí, señor, sí; ordinariamente viene con retraso!

He aquí, pues, que debía pasar tres largas horas en un pueblecito muy triste del cantón de Vaud, metido entre las melancólicas montañas coronadas por dos penachos de nieve.

¿Cómo me las iba á componer yo para pasar estas tres horas?... Pregunté á mi vez á los presentes para que me informaran. Y de nuevo me contestaron á una:

—Vaya usted á ver el Chaudron: es lo único digno de visitarse en este país.

Pero ¿dónde se hallaba ese Chaudron? En la mitad de la pendiente de la montaña de la derecha. Como el camino era algo difícil, me aconsejaron que tomara un guía, y allá abajo, en una casita blanca con ventanas verdes, debía encontrar el mejor del país, Simón, un hombre atrevido y animoso.

Fuí allí y llamé á la puerta de la casita.

Una vieja me abrió.

—¿El señor Simón?

—Sí, señor, vive aquí; pero en este momento, si le busca usted para ir al Chaudron...

—Sí, para ir al Chaudron.

—Pues bien; se siente algo indispuerto desde esta mañana, y las piernas le flaquean mucho... no le es posible salir; pero no pase usted cuidado, hay quien puede reemplazarle... hay Noiraud.

—Vaya por Noiraud.

—¡Ah! es preciso que le advierta á usted que Noiraud no es ninguna persona.

—¿No es una persona?

—No; es nuestro perro.

—¿Cómo? ¡vuestro perro!

—Sí, señor, sí, Noiraud... Y no dude usted de que le guiará muy bien, tanto como mi marido... está acostumbrado ya á eso.

—¿Está acostumbrado?

—Sí, señor; hace muchísimos años que Simón lo lleva consigo. De este modo ha aprendido á distinguir los parajes, y ahora desempeña solito y á las mil maravillas su trabajo. Ha guiado ya á muchos viajeros y todos han quedado complacidos de su servicio. Por lo que hace á inteligencia, no pase usted cuidado, pues tiene tanta como usted y yo... sólo le falta poder hablar... Pero no es cosa indispensable; si debiera enseñarle un monumento, es claro que sí, porque para ello es menester dar explicaciones y citar fechas históricas; pero aquí sólo puede usted contemplar la naturaleza. Tome usted á Noiraud; después de todo le costará menos dinero... Á mi marido debiera usted darle tres francos, mientras que Noiraud no gana más que treinta sueldos, y no dude usted que le hará ver por treinta sueldos lo mismo que mi marido por tres francos.

—Está bien; ¿dónde está Noiraud?

—Descansando al sol, allá en el jardín. Esta mañana ha llevado ya al Chaudron á unos señores ingleses. ¿Quiere usted que le llame?

—Sí, sí; llámele usted.

—¡Noiraud! ¡Noiraud!

Y dando un salto por la ventana presentóse en seguida un perrito negro, bastante feo; de pelo largo rizado y en desorden. A juzgar por su aspecto, no valía gran cosa; pero se transparentaba en su porte y movimientos cierto aire de gravedad, de decisión y de importancia. En cuanto llegó dirigióme una mirada serena, fija y penetrante, que parecía decirme claramente: «Es un viajero. Quiere ver el Chaudron.»

Me bastaba con que se me hubiese escapado un tren y no quería que se me escapara otro. Para evitarlo dije á aquella mujer que no disponía más que de tres horas para ver el Chaudron.

—Ya comprendo, contestó; usted quiere tomar el tren de las cuatro. No tenga usted cuidado. Noiraud le conducirá á usted aquí á la hora oportuna. Vamos, Noiraud, en marcha, en marcha.

Pero Noiraud no parecía hallarse dispuesto á emprender el camino, pues permanecía allí inmóvil, contemplando con cierta agitación á su dueña.

—¡Ah! ¡qué torpeza la mía! dijo la anciana; me olvidaba... me olvidaba del azúcar.

Y sacando de un cajoncito cuatro terrones y entregándomelos, me dijo:

—Vea usted por qué no quería marchar. No tenía usted los terrones de azúcar. Noiraud, este caballero tiene el azúcar. Vamos, en marcha... ¡Al Chaudron! ¡al Chaudron! ¡al Chaudron!

Y mientras muy despacio y con gran claridad repetía estas últimas palabras, yo por mi parte examinaba con suma atención al perro. El animal contestaba á su dueña con un ligero movimiento de cabeza, que iba acentuando cada vez más, mostrándose al último impaciente y de mal humor, como si dijera: «Sí... sí... al Chaudron, ya lo entiendo... Este caballero tiene los terrones de azúcar... y vamos al Chaudron... Perfectamente. ¿Me toma usted por un estúpido?»

Y visiblemente contrariado, sin esperar á que terminase la anciana por tercera vez las palabras *al Chaudron*, dió media vuelta, vino á colocarse delante de mí, y señalándome con la mirada la puerta del aposento, me dijo del modo más claro que puede expresarse un perro:

—¡Vamos! ¡venid conmigo!...

Seguíle sin chistar y emprendimos la marcha; él iba



SIMPATÍA

DIBUJO DE JOSÉ LLOVERA

delante, yo detrás; de este modo atravesamos todo el pueblo. Los muchachos que vagaban por las calles, reconociendo á mi guía, le decían:

— ¡Eh! ¡Noiraud! ¡Buenos días, Noiraud!

Tenían ganas de jugar; pero él, desdeñoso, volvía la cabeza con el ademán de un perro que no puede distraerse porque está dispuesto á cumplir con su deber y á ganar con ello treinta sueldos.

Uno de los muchachos exclamó:

— ¡Dejadle, caramba. Acompaña á este señor al Chaudron... ¡Buenos días, señorito!

Y riéndose repetían:

— ¡Buenos días, señorito!

Yo me sonreía, pero torpemente; estoy seguro de ello. Sentíame algo contrariado, hasta si se quiere un tanto avergonzado ó corrido; en fin, veíame dominado por el animal, pues en aquellos momentos era mi director. Él sabía adónde iba mientras que yo lo ignoraba. Rabiaba por salir del pueblo y deseaba hallarme pronto solo con Noiraud, en presencia de las maravillas de la naturaleza que el perrito debía enseñarme para que pudiera admirarlas.

Por de pronto, una de las primeras maravillas que encontré fué una horrible carretera polvorienta y muy cálida, en la que caía el sol perpendicularmente. El perro andaba muy ligero y yo me fatigaba siguiéndole, así es que probé de moderar su paso y le dije:

— *Noiraud, vamos. Noiraud, no vayas tan de prisa.*

Pero Noiraud, sin prestar atención ni darse por entendido, continuaba andando.

Cuando al llegar al extremo de un campo quise sentarme á la sombra de un árbol, le dió un verdadero acceso de cólera. Ladraba rabiosamente y me dirigía terribles miradas. No había duda, pues, que sentarse en aquel sitio no era lo acostumbrado y que, por lo tanto, me había excedido. Tan agudos y exasperantes eran sus ladridos que me levanté para continuar el camino. Noiraud entonces se apaciguó de repente y se puso de nuevo á trotar delante de mí mostrándose muy alegre. Comprendí lo que quería. Ya estaba satisfecho.

Al cabo de breves instantes entramos en un delicioso caminito lleno de flores, sombrío y perfumado, donde se percibía el murmullo y el frescor de vecinas fuentes... Noiraud se deslizó de pronto entre los matorrales, y galopando desapareció por un pequeño sendero. Seguíale jadeante, y cuando apenas había andado unos cien pasos hallé á mi perrito que, con la cabeza levantada y brillándole los ojos, me aguardaba en una especie de plazuela entre la espesura, animada por el melodioso murmullo de una cascada. Había allí un banco rústico y las miradas de Noiraud se dirigían alternativamente del banco á mis ojos y de mis ojos al banco. Cada vez comprendía mejor el lenguaje del perrito.

— ¡Vamos, me decía, ya tienes un sitio á propósito para descansar... aquí se está bien... hace fresco... ¡Qué tonto eres!... ¿pues no querías quedarte allí, al sol?... Vamos, siéntate... puedes hacerlo, te lo permito.

Detúveme... tomé asiento... y encendí un cigarro. Iba á ofrecer otro á Noiraud; pensé que tal vez fumaba... pero luego me acordé de los terrones de azúcar y le di uno, que con gran destreza tomó en el aire y ronzó con fuerza; luego se tendió al suelo y se adormeció á mis pies. No me cabía duda de que estaba acostumbrado á hacer alto en aquel sitio y á dormir la siesta un rato.

Pero apenas le duró el sueño unos diez minutos. En cuanto á mí, estaba completamente tranquilo; Noiraud

empezaba á inspirarme confianza; así es que resolví obedecerle ciegamente. Levantóse desperezándose y miróme de soslayo, como diciendo: «En marcha, compañero, en marcha.» Y como antiguos camaradas andábamos por el bosque con paso más sosegado. Noiraud se recreaba con los encantos, el silencio y la amenidad de aquel sitio... Cuando nos hallamos otra vez en la carretera, se daba mucha prisa por librarse del calor y del polvo; adelantábase y apresuraba el paso que, á pesar de lo diminuto, era firme, seguro y acelerado. Bien claro se manifestaban sus deseos de llegar cuanto antes. Como estaba fresco y había descansado á sus anchas, andaba sólo por el placer de pasear por uno de los más hermosos senderos del cantón de Vaud.

Á la izquierda presentóse un camino y Noiraud tuvo un momento de vacilación; luego reflexionó un instante, volvió á andar y tomó el camino de la derecha, sin poder ocultar, empero, cierta turbación é incertidumbre en los pasos. De pronto se detuvo. Debíó equivocarse, porque, desandando lo andado, tomamos el camino de la izquierda, que á los cien pasos nos condujo á una especie de circo. Noiraud, husmeando, me instó á que contemplara la inmensa altura del enorme peñasco que forma el circo. Cuando creyó que ya lo había visto bastante, hizo un cambio de frente y volvimos á tomar el pequeño sendero que se desliza por el bosque. Noiraud se había olvidado de enseñarme el circo de las peñas; pero esta ligera falta fué al punto reparada.

Muy pronto el camino se presentó montañoso, accidentado y duro; yo andaba muy despacio y con gran precaución. Noiraud saltaba de uno á otro peñasco, pero sin abandonarme y fijando en mí sus miradas tiernas y solícitas. Por último, empecé á distinguir cierto murmullo: Noiraud daba ladridos de alegría y de contento.

— ¡Ánimo, ánimo, me dijo. Ya llegamos... vas á ver el Chaudron.

Y en efecto, estábamos ya en el Chaudron. Allí pude contemplar una modesta fuente que se desliza entre reflejos de mil colores, producidos por el continuo choque del agua en una roca inmensa, ligeramente excavada. Pero la verdad es que hubiera sentido mucho haber emprendido tan penosa ascensión para ver aquella maravilla, que no era por cierto cosa extraordinaria, á no haberme acompañado el intrépido Noiraud, que es sin duda mucho más interesante y digno de verse que el Chaudron.

Á cada uno de los lados de la fuente, y en unos pequeños *chalets* suizos, hay instaladas dos lecherías servidas por jóvenes, una rubia y otra morena, y vestidas con el traje de su país. Desde el umbral de sus casitas, que más bien que casas parecían cajitas recortadas mecánicamente, acechaban con vivo interés mi llegada.

Parecióme que la rubia tenía unos lindos ojos azules, y ya había dado tres ó cuatro pasos hacia ella, cuando Noiraud rompió en furiosos ladridos y me cortó resueltamente el camino. ¿Sentiría alguna inclinación por la morenita? Tomé otro camino, y me convencí de que así era, en efecto, pues mi perrito se sosegó como por encanto al verme sentado junto á una mesa frente á la casa de su protegida. Pedí un vaso de leche, y la amiga de Noiraud se metió en su casita-juguete, adonde ví que Noiraud la seguía entrando subrepticamente en la casa. Por una ventana entreabierta seguía con la vista á mi Noiraud... El muy tuno estaba de acuerdo con la muchacha, pues le sirvieron, antes que á mí, un gran vaso de leche.

Al poco rato presentóse con los hocicos salpicados de gotitas blancas y dispuesto á hacerme compañía y á con-

templar como tomaba la leche. Dile un terrón de azúcar, y quedamos los dos tan satisfechos, el uno del otro, que pasamos una media hora deliciosa respirando con todos los pulmones el puro y ligero aire de la montaña, á unos tres ó cuatrocientos metros de altura.

Por fin, Noiraud empezó á dar muestras de impaciencia y de agitación. Leía en sus ojos, cual en libro abierto: es preciso partir... Pagué el gasto, me levanté, y mientras me dirigía hacia la derecha, al camino que nos condujo á la montaña, ví que Noiraud se paraba á la izquierda junto á la entrada del otro camino y fijaba en mí una mirada enérgica llena de severidad. ¡Cuánto no había aprendido desde hacía dos horas, y cuán familiar no era ya para mí la silenciosa elocuencia de Noiraud!

—¿Qué opinión has formado de mí? me decía Noiraud. ¿Crees por ventura que te voy á hacer pasar por el mismo camino? No, por cierto... soy un buen guía... conozco mi oficio... Vamos á bajar por otro camino.

En efecto, bajamos por otro, que es sin duda mucho más hermoso que el primero. Noiraud, vivaracho y alegre, se volvía á menudo hacia mí con aire de triunfo y de satisfacción. Atravesamos el pueblo, y, al llegar á la plaza de la estación, Noiraud se vió acometido por tres ó cuatro perros amigos suyos que parecían tener ganas de charlar y jugar un poco con su compañero. Querían detenerle al pasar, pero Noiraud, gruñendo y roncando, rechazó enérgicamente sus juegos, como si les dijese:

—¿No estáis viendo que tengo que hacer... que conduzco á este caballero á la estación?

Y hasta que estuvimos en la sala de espera no consintió en separarse de mí, —después de haber desmenuzado alegremente dos terrones de azúcar.— Y he aquí cómo interpreté la mirada de despedida que me dirigió:

—Faltan todavía veinte minutos. Ya ves como no debía yo ser causa de que te escapara el tren. ¡Vamos! ¡Feliz viaje! ¡Feliz viaje!

LUDOVICO HALÉVY.

Ande yo caliente

*Ande yo caliente,
y riase la gente.*

Traten otros del gobierno,
del mundo y sus monarquías
mientras gobiernan mis días
mantequillas y pan tierno,
y las mañanas de invierno
naranja y aguardiente
y riase la gente.

Coma en dorada vajilla
el príncipe mil cuidados
como píldoras doradas;
que yo en mi pobre mesilla
quiero más una morcilla
que en el asador reviente
y riase la gente.

Cuando cubra las montañas
de nieve y plata el Enero,
tenga yo lleno el brasero
de bellotas y castañas,

y quien las dulces patrañas
del rey que rabió me cuente
y riase la gente.

Busque muy en hora buena
el mercader nuevos soles,
yo, conchas y caracoles
entre la menuda arena,
escuchando á Filomena
sobre el chopo de la fuente
y riase la gente.

Pase á media noche el mar
y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama;
que yo más quiero pasar
de Yepes á Madrigar
la regalada corriente
y riase la gente.

Pues amor es tan cruel,
que de Píramo y su amada
hace tálamo una espada,
do se junten ella y él,
sea mi Tisbe un pastel
y la espada sea un liente,
y riase la gente.

LUIS DE GÓNGORA.

Sonetos

Á UNA NARIZ

Érase un hombre á una nariz pegado,
érase una nariz superlativa,
érase una nariz sayón y escriba,
érase un peje espada muy barbado:
era un reloj de sol mal encarado,
érase una alquitara pensativa,
érase un elefante boca arriba,
era Ovidio Nasón más narizado:
érase un espolón de una galera,
érase una pirámide de Egipto,
las doce tribus de narices era.
Érase un Naricísimo infinito,
muchísimo nariz, nariz tan fiera,
que en la cara de Anás fuera delito.

MUJER PUNTIAGUDA CON ENAGUAS

Si eres campana, ¿dónde está el badajo?
si pirámide andante, vete á Egipto:
si peonza al revés, trae sobrescrito:
si pan de azúcar, en Motril te encajo.
Si chapitel, ¿qué haces acá abajo?
si de diciplinante mal contrito
eres el cucurucho y el delito,
llámente los cipreses arrendajo.
Si eres punzón, ¿por qué el estuche dejas?
si cubilete, saca el testimonio:
si eres corozca, encájate en las viejas,
si buída visión de san Antonio,
llámate doña embudo con guedejas:
si mujer, da esas faldas al demonio.

FRANCISCO DE QUEVEDO.



From Harper's Magazine.

Copyright, 1890, by Harper & Brothers.

Cabañas indias en el río Pasig, cerca de Manila

MANILA Y SUS ALREDEDORES

POR EL

DR. SAMUEL KNEELAND

No he visto en el mundo una región que tenga un carácter tan especial como las Islas Filipinas. Estudiándolo como yo he procurado hacerlo, nótase en ellas una extraña mezcla de la indolencia tropical y del espíritu emprendedor de los septentrionales, del conservatismo español y la energía inglesa, del lujo europeo y la frugalidad china.

La vía más indicada para ir al archipiélago es la del Norte, y por cierto que adoptándola se recibe una viva impresión al comparar las aletargadas civilizaciones del Japón y de la China con la de los españoles y los tropicales malayos. Debo advertir que, sea cual fuere el camino que se tome, no se libra el viajero de las furiosas arremetidas con que pone á prueba la solidez de las naves el mar de la China, incesantemente encrespado por los monzones.

Pasada, al cabo de algunas semanas, la sensación de la novedad, reemplázala muy pronto un agradable sentimiento de calma y de serenidad que podríamos llamar característico de esas islas. La madre patria cuida de su bienestar temporal; la Santa Madre Iglesia se encarga de la salvación de las almas, y la madre tierra, aunque algo propensa á los terremotos, provee con largueza á las necesidades físicas del hombre, no exigiendo de él sino un gasto insignificante y un trabajo no muy costoso.

Créese vulgarmente que estas islas, que llamaron Filipinas en obsequio á Felipe II de España, durante cuyo reinado se descubrieron, son un archipiélago poco importante del Pacífico, que nos envía cáñamo, azúcar y cigarrillos. Es la menos conocida de las colonias europeas, á pesar de que por su extensión, el número de sus habitantes, su excelente clima, su feracidad y sus inagotables riquezas naturales merece ser más conocida de las naciones americanas que en otro tiempo tuvieron con ella estrechas relaciones.

Su extensión es de unas 1,050 millas de Norte á Sud, por 700 de Este á Oeste. El mar de la China baña estas

islas al Norte, el Sud y el Oeste y el Pacífico por la parte de Oriente. Aunque son muchas, no pasan de cuarenta las que con justicia pueden calificarse de importantes, siendo la primera de ellas la de Luzón, cuya capital es Manila y cuya superficie es de 350 millas de longitud por 175 de anchura. Fueron descubiertas en 1521 por Magallanes, fundando Legaspi la ciudad de Manila medio siglo más tarde. Desde entonces han pertenecido á España.

Es verdaderamente notable el modo que ha tenido esta potencia de conquistar y conservar tan importante colonia. Legaspi llevaba por todo ejército seis monjes agustinos y un puñado de hombres de guerra. ¡Qué contraste con el trato que dieron Cortés y Pizarro á los indígenas de las colonias hispano-americanas! No les impulsaba el afán por conquistar territorios, ni la codicia de atesorar riquezas, sino el sincero deseo de convertir las almas de aquellos naturales. Sin el auxilio de la fuerza bruta, sin ningún extremo de crueldad ni de intolerancia, los monjes lograron con su perseverante celo y sus cristianos ejemplos granjearse la confianza de aquellos dóciles y pacíficos isleños.

La bahía de Manila, situada á unas 650 millas al Sud-Este de Hong-Kong es una de las más bellas y espaciosas del mundo y muy hermosas las montañas que á gran distancia aparecen formando como la mitad de un inmenso anfiteatro. En cambio, el terreno de la orilla es muy bajo y su vegetación comparativamente pobre, no alterando la monotonía del paisaje sino algunos grupos de palmeras y bambúes.

No hay duda que al salir de los puertos francos ingleses los registros de la aduana y la formalidad del pasaporte son extremadamente molestos, así como las negras murallas, el foso lleno de barro corrompido, el infecto río y las angostas calles de la vieja ciudad hacen muy desagradables las primeras impresiones del extranjero. Sólo después de una estancia de algunas semanas pueden apre-



¡UNA VELA!

CUADRO DE ULISES BUTIN

ciarse la jovialidad, la viveza de espíritu y los hospitalarios sentimientos de aquellos habitantes.

El recinto viejo de Manila tiene el aspecto de una fortaleza arruinada con sus muros que cuentan tres siglos de fecha y su foso ancho y de escasa profundidad, en el cual se revuelcan los carabaos ó búfalos acuáticos, que son allí las más comunes acémilas y bestias de tiro. Sus puertas no se cierran jamás ni se alzan nunca sus puentes levadizos. Yo tengo para mí que, si hoy quisiesen aprovecharlos, sus cadenas no podrían funcionar de puro enmohecidas.

Dando la vuelta á los muelles de piedra que forman las orillas del cenagoso río Pasig y en los cuales se ve á un lado una especie de fortaleza, y en el otro un faro, encuéntrase una flota de vaporcitos y barcos mercantes de vela, que dan una idea de la importancia mercantil del puerto en el punto de vista del comercio de cabotaje.

Varias ensenadas formadas por el río establecen una red de comunicaciones con los distantes suburbios y villorrios que se extienden hasta el pie de las montañas. La multitud que pasa por los puentes, las innumerables canoas que cruzan el agua en todas direcciones y el incesante estrépito de los carruajes nos revelan allí que estamos en un gran centro industrial.

Allende las murallas y costeano la bahía encuéntrase la *calzada*, elegante paseo de almendros por el cual se ven desfilar todas las noches muchos carruajes llenos de caballeros y de señoras con la cabeza descubierta. Generalmente allí no incomoda el polvo, el aire es embalsamado y el calor templado por la brisa del mar, contribuyendo á la amenidad del sitio una banda indígena que suele tocar en él excelentes piezas. Vense en este paseo muy pocos jinetes —sin duda á causa del calor— y éstos suelen ser ingleses ó americanos. Los poneyes de Manila son robustos y bien proporcionados, pero harto pequeños y cortos de piernas para los jinetes algo corpulentos.

Sin embargo, todas las primaveras se desarrolla como una fiebre contagiosa que impulsa á gozar de los placeres de la equitación á todas ó la mayor parte de las razas que pueblan la capital. Esta es la ciudad más europea del Oriente, una población tropical que participa del carácter de Nápoles y del de Venecia, modificados por la avaricia china, la energía inglesa, la ligereza española y la alegre indiferencia de los indios. Tiene la provincia 300,000 habitantes, en su mayoría tagalos—y los más de éstos jornaleros, labradores y barqueros;—unos 25,000 chinos, modestos mercaderes, maquinistas é industriales manufactureros; muchos mestizos que participan del tipo físico y de los vicios de ambas razas; 5,000 españoles, entre peninsulares y filipinos; 500 europeos de otras naciones y como unos 25 americanos. Desde la mañana hasta la media noche las calles están animadas por una bulliciosa muchedumbre.

Entre las novedades que más llaman la atención del viajero procedente del Celeste Imperio debo citar las anchas carretas de dos ruedas que se emplean en Manila para el transporte de las mercancías. Tiran de estos vehículos, ya uno, ya dos ó tres carabaos, animales que abundan extraordinariamente en la ciudad y su comarca. Tienen mucha semejanza con el buey y un color plumizo oscuro, las piernas blanquecinas, el pelo rudo y escaso y anda siempre—con muy poca gracia por cierto—siempre humillando la cerviz y mostrando sus grandes cuernos desarrollados hacia atrás casi horizontalmente. Es una bestia vigorosa, ligera y dócil, á la cual ponen, en vez de bocado, un anillo colgado de la nariz y del cual penden

las riendas que el carretero empuña montado en ella ó sentado en una vara al modo de los tartaneros. Para uncirla á la carreta le ponen un pesado yugo de madera que con el continuo roce le llena la cerviz de callosidades. El carabao no tiene precio para los indígenas, que sin él no podrían dedicarse al cultivo del arroz ni conservar sus ricas praderas. Gústale, como al elefante, revolcarse en el fango y zambullirse en el agua cenagosa, no sacando de ella sino la punta de la nariz. Arrastra el fatigoso arado del país y, en general, las cargas más pesadas, tirando de la carreta como si tal cosa, con barro hasta las rodillas. Su carne no es comestible y su pellejo sólo se aprovecha para fabricar sandalias ordinarias. La leche de la hembra, que llaman *caravalla*, bébese como la de vaca.



From Harper's Magazine.

Copyright, 1890, by Harper & Brothers.

Calle de la Escolta

Las mejores calles son las de la Escolta y del Rosario. En ambas hay muy buenas tiendas, en las cuales puede comprarse toda suerte de objetos á precios razonables. Esta última, y gran parte de la primera, las monopolizan los mercaderes chinos, procedentes en su mayoría de Amoy, los cuales hacen á las demás razas una concurrencia desastrosa, porque, contentándose con una módica ganancia, venden las mercancías á bajo precio.

Nuestro grabado representa la parte baja de la calle de la Escolta. Es relativamente ancha, con los edificios cubiertos de tejas, ventanas correderas y holgados toldos en las tiendas. Gózase de este modo en las aceras de una apacible sombra. Los muchos soldados y sacerdotes que en ella se encuentran revelan los elementos gubernamentales de la capital, que por cierto viven allí en perfecta armonía. Los principales edificios públicos de la capital son las iglesias y los cuarteles, siendo las primeras las construcciones más notables que se contemplan desde los alrededores de Manila.

Si bien se examina, hay pocas realmente dignas de verse. Todas son de sencillo aspecto y hállanse en un estado ruinoso á causa de su antigüedad y de las fuertes sacudidas que recientemente les han dado los terremotos. Admíranse en ellas muchos ornamentos de oro y plata, relucientes candelabros y pintadas bóvedas; pero no obras artísticas propiamente dichas.

Durante las fiestas del Corpus la pompa y el esplendor de las procesiones fascinan á la población, que se entusiasma viendo desfilar por las calles interminables hileras de frailes y sacerdotes paseando imágenes sagradas y entonando himnos litúrgicos. La clase sacerdotal es muy inteligente y caritativa, dedícase con asiduidad á las

ciencias exactas, que requieren una investigación minuciosa é infatigable y ejerce una grande influencia en el candoroso ánimo de los indígenas, debiendo declarar que hacen de ella muy buen uso. Como en todas partes, son hijos fieles y sumisos de la Iglesia católica.

El arzobispo es más poderoso que el mismo gobernador general y tiene á sus órdenes mayor número de subordinados que éste. Si se suprimiese allí el clero, los indígenas haríanse ingobernables y el país volvería á caer en la barbarie. No negaré que los frailes tienen grandes defectos, porque al fin son hombres; pero en cambio no puede ponerse en duda que están identificados con el bienestar del país. En las Islas Filipinas no hay capuchinos, sino solamente dominicos, agustinos, franciscanos y jesuitas. Éstos se reclutan en todas las clases sociales y, si son españoles, raras veces vuelven á la península. En verdad puede decirse que no sólo representan la Religión sino también el patriotismo, la civilización y la educación para los indios y la estabilidad de la dominación española.

Las ruinas de iglesias que se ven en Manila y en los suburbios son extremadamente pintorescas y producen mucho efecto, por ser tan extraordinaria la causa que las produjo y tan terribles los resultados de ella. Es cosa que pone espanto el pensar en una fuerza que de un momento á otro puede hacerse activa y que obra de un modo tan repentino é incomprensible, sin previo aviso, de suerte que no hay medio de precaverse de su furor. Y sube de punto el miedo que inspira ese pavoroso fenómeno al considerar que la solidez de los edificios, tenida generalmente como una garantía eficaz de la vida humana, es el mayor peligro que la amaga en caso de terremoto. En la antigua iglesia de los jesuitas, las paredes, ennegrecidas por el tiempo, están cubiertas de una verde vegetación tropical que viste y engalana las ruinas. Los derrumbados arcos y los cuarteados claustros ofrecen un espectáculo digno de parangonarse con los más notables que puedan verse de esta clase en Egipto, en Grecia, ó en Roma. El triste silencio de las celdas, hoy patrimonio de los murciélagos, los lagartos y otros repugnantes bichos, hace un raro contraste con el estrépito de las calles vecinas, cuya concurrencia parece echar en olvido el misterioso poder que reside bajo sus plantas.

Desde Noviembre hasta Abril la temperatura es soportable, aunque llega muy á menudo á 82° Fahrenheit; las noches y las primeras horas de la mañana son generalmente frías. En la estación de las lluvias, que dura de Mayo á Noviembre, hace un calor igual al que sentimos nosotros durante la canícula. Es la temperatura más molesta y malsana para los extranjeros. Cuando el termómetro marca de 65 á 68 grados se siente fresco y no puede dormirse sin cubrecama. A pesar del calor y la humedad propias de tal estación, son muy raras las enfermedades endémicas, y la transpiración, que tanto debilita el cuerpo, resulta entonces muy beneficiosa. El aire es puro y el clima saludable, sin exigir ninguna precaución higiénica extraordinaria, sobre todo en las tierras altas y á la orilla del mar. Algunas veces ha aparecido allí el cólera con carácter epidémico, como sucedió en el otoño de 1882; pero no fué más mortífero que en otras regiones templadas ó frías.

Ya se comprenderá que en un clima semejante las habitaciones deben construirse teniendo en cuenta la excesiva fuerza de los rayos solares, sin que por ella padezcan menoscabo las condiciones de luz y de ventilación que toda morada humana necesita. Tampoco pueden

olvidarse, en semejante país, las precauciones que requiere la frecuencia de los terremotos. No se conocen allí los cristales para las ventanas, cuyo marco suele tener unos seis pies de alto por tres ó cuatro de ancho, no dejándose sino dos pulgadas en cuadro para las aberturas que deberían ocupar los cristales. Éstas las tapan con unas láminas que llaman conchas, porque las fabrican utilizando la lisa y transparente concha de un marisco de aquellos mares,



From Harper's Magazine.

Copyright, 1890, by Harper & Brothers.

Campanario de la catedral derribado por el terremoto de 1880

con cuyo auxilio templan el ardor y la deslumbradora intensidad de los rayos solares. Es una materia poco frágil, fácilmente reemplazable y que equivale, para los ojos curiosos, á una tupida cortina.

Puede decirse que tal es el sistema de construcción de las dos terceras partes de los edificios particulares. Los demás, siempre de madera, están hechos de tableros ornamentados exteriormente. Los pavimentos son de madera frotada con cera; no se usan alfombras ni cortinas ni muebles susceptibles de emplearse ó de convertirse en nidos de insectos, lo cual aligera mucho, por cierto, el trabajo de mantener aseadas las viviendas, con gran satisfacción de las doncellas, á las cuales molestan siempre estas tareas domésticas. El mueblaje y las camas los hacen de caña, y no usan colchones, prefiriendo los jergones de paja por ser más frescos y suficientemente blandos. Envuelto en el pajahmas, protegido por el mosquitero, cubierto con una sábana de lino y los pies con un cubrecama, dado que la temperatura baje hasta los 68 grados, puede uno dormir á pierna suelta. Con las ventanas entreabiertas, sin más luz que la pálida lamparilla, sin otro

ruido que el que hacen los lagartos en el techo, el zumbido de los mosquitos furiosos de ver burlados sus intentos ó el súbito aleteo de un murciélago errante, podéis entonces entregaros á un sueño delicioso turbado solamente por la espantosa imagen del terremoto que en aquel país siempre parece inminente.

Traducido del inglés por
J. COROLEU.

(Concluirá).

NUESTROS GRABADOS

Cordelia

CUADRO DE A. REIFFENSTEIN

Cordelia es una de las hijas del *Rey Lear* en la tragedia de Shakespeare que lleva este título. Es la más dulce y la más tierna entre las princesas hijas del rey, y su bello corazón forma contraste con el duro egoísmo de sus hermanas. A pesar de esto, incurrir en el desagrado del rey su padre por haber interpretado éste malamente sus palabras al contestarle Cordelia sobre el cariño que le profesaba. Maldicela Lear y la arroja de su palacio, pero cuando el monarca se vuelve loco, acude Cordelia á cuidarle, rodea su lecho de enfermo, le acompaña por todas partes, y entonces el rey obcecado comprende su error y nota cuán diferente es el proceder de la dulcísima princesa del que tienen para con él sus demás hijas. Este hermoso personaje, una de las más felices creaciones de Shakespeare, ha tratado de pintar el autor del cuadro que publicamos en grabado. Acaso no reuna la ideal dulzura que Cordelia tiene en la obra del gran dramático inglés, pero sí la majestad de aquella princesa. Reiffenstein la ha caracterizado al modo de una dama noble del siglo XI ó XII, época en que puede colocarse el *Rey Lear*, que, como otras tragedias de Shakespeare, presenta cierta vaguedad en la caracterización de lugar y de tiempo.

Simpatía

DIBUJO DE JOSÉ LLOVERA

Este estudio de un tipo popular español reúne las cualidades de donosura y elegancia que Llovera sabe poner en sus cuadros y en sus dibujos cuando interpreta costumbres y pinta tipos que se van perdiendo en nuestra tierra, por causa de la uniformidad y del cosmopolitismo que todo lo invaden. Andalucía es una de las comarcas de España que más resisten esta corriente, por lo cual conserva todavía en los hábitos de sus moradores y en los trajes del pueblo los rasgos característicos de unos y otros en pasadas centurias y en los comienzos del siglo. El uso de la mantilla, que aún está en predicamento en aquel reino; las flores con que adornan la negra cabellera sus hermosas mujeres, las cuales, sintiendo afición por los colores vivos, escogen predilectamente entre las flores el rojo clavel; las telas que eligen para sus vestidos, todo esto se diferencia de los trajes y de los adornos que emplean las mujeres de los demás reinos de España. Se ha mantenido también en las provincias andaluzas el tipo característico del país, del que es preciosa muestra el rostro expresivo, con sus puntas de picaresco, de la garrida moza dibujada por Llovera con facilidad admirable y con delicado gusto, según pueden comprobarlo nuestros lectores examinando la fiel reproducción que damos en este número del citado dibujo, ligeramente colorido.

¡Una vela!

CUADRO DE ULISES BUTIN

Con simplicidad admirable, se presenta el mar en este cuadro en todo su grandioso é imponente aspecto. Una vela descubre á lo lejos la muchacha que, los pies en el agua, mira ansiosa el horizonte esperando sin duda á persona querida de su corazón, ó que no habrá visto desde mucho tiempo, ó que habría salido para alguna de esas expediciones breves que tantas veces acaban trágicamente. Así acontece en la vida de los pescadores. Hácense á la mar con sus frágiles embarcaciones para ganar el pan de la familia: sereno está el cielo, las aguas en calma, la barca se desliza como por la superficie del más terso lago. Sólo á lo lejos se divisa apenas una ligera línea de nubes. De allí vendrá la tormenta, de allí vendrá una de aquellas espantables galernas que levantan olas como montañas en las cuales se hunden las naves y perecen sus tripulantes. Y estos cambios, que ocurren principalmente en el Atlántico, sobre todo en nuestra costa cantábrica y en la occidental de Francia, se producen en breve espacio de tiempo, en horas, aun en período más breve todavía. Horrible ansiedad la que pasan entonces las esposas, las hijas, las madres de los pescadores. No ha de pasarla, en los momentos del cuadro, mas acaso la hubiera pasado ya, la muchacha pintada por el artista francés Ulises Butin. ¡Qué hermoso está el mar! Apenas riza el aire sus aguas, levantando pequeñas olas que hacen de continuo un suave murmurio. Cielo y agua ofrecen una tinta azulada, finísima, que se confunden en el lejano horizonte,

allá en donde, como pequeñas manchas, se destacan las velas pintadas por el artista y que contempla con afán la pobre pescadora, con el cuévano en brazos, que llenará luego de pescado, apenas la barca aporte en la playa. Pintado con maestría este cuadro, todo, su encanto, empero, se cifra en la poesía del mar, que ha sabido traducir su autor con todo su encanto y con todas sus bellezas.



Los aerolitos son masas minerales más ó menos voluminosas que de la atmósfera caen á la tierra. Generalmente están redondeadas y van cubiertas de una especie de corteza negra: se componen de diversas sustancias terrosas ó metálicas, algunas de ellas cristalizadas, y otras en glóbulos ó venitas: contienen hierro aleado con el níquel y con el cromo, y algunas veces con el azufre, con la sílice y con el manganeso. La caída de aerolitos ordinariamente va precedida de aparición de globos inflamados que se mueven en el espacio velozmente á gran altura, y que acaban por estallar con fuerte detonación. Las piedras meteóricas llegan ardiendo á la superficie de la tierra, y muchas veces despiden vapores sulfurosos en el acto de caer. Se había creído que los aerolitos se formaban en el espacio, hacia el límite de nuestra atmósfera, por agregación ó condensación: después Laplace supuso que podían provenir de los volcanes de la Luna; pero desde hace bastantes años, suelen considerarse como fragmentos de pequeños planetas que, circulando irregularmente en el espacio, se encuentran de repente dentro de nuestro sistema planetario, ceden á la atracción de la tierra y se precipitan sobre ella. También son considerados como aerolitos las masas de hierro, más ó menos considerables, que se encuentran en algunos lugares y que no se han visto caer: algunos de ellos pesan miles de kilogramos. La caída de *pedras del cielo* fué conocida desde la más remota antigüedad. En el *Libro de Josué* se habla de una lluvia de piedras que destruyó el ejército enemigo. Las piedras milagrosas que los antiguos llamaban *bætyles*, *abadirs*, y que guardaban en los templos, consagrándolas á los dioses, sobre todo á Cibeles, eran sin duda aerolitos. Plutarco, en la *Vida de Lisandro*, describe una piedra de esta clase caída en Tracia. Los sabios consideraron por mucho tiempo las *pedras celestes* como una superstición popular; pero un hecho de este género, presenciado en Siena en 1794, convenció á los incrédulos, y otro igual, acaecido en Normandía en 1803, y que dió lugar á una investigación de la Academia de Ciencias, acabó de disipar todas las dudas.

Los senadores romanos acostumbraban á hacer entrar con ellos en la *curia* á los hijos suyos que ya empezaban á tener discernimiento. Un día, habiéndose tratado en el Senado una cuestión importante, cuya deliberación se aplazó para el día siguiente, se convino guardar entre tanto silencio sobre aquel asunto hasta que se promulgara el decreto referente al mismo. El joven Papirio había acompañado á su padre á la curia. Al regresar, su madre le preguntó sobre qué se había deliberado. Él contestó que no podía decirlo. Esta contestación aumentó la curiosidad de la matrona que, excitada por el silencio de su hijo, é impaciente por descubrir el misterio, reiteró vivamente sus preguntas. Entonces el joven, para librarse de sus

EL HAMBRIENTO

POR

R. MORAL



1.—Don Timoteo era muy pobre; y aunque á pie y sin alimentos para el camino, tuvo que emprender la marcha en busca de su tierra natal para ver si en ésta le corría mejor suerte.



2.—Mas la noche se le vino encima y tuvo que hacer parada en el pueblecito inmediato.



3.—Donde hubiérase quedado al aire libre si no hubiese sido por doña Brígida, antigua conocida suya y caritativa señora, que le dió albergue en su casa.



4.—Como no se había desayunado, comenzó á sentir los efectos del hambre; doña Brígida le pregunta qué tiene, y don Timoteo dice que le duelen las grietas, las que serían curadas con un pedazo de pan y un trozo de queso.



5.—La buena señora le dió de muy buen grado lo que deseaba; mas viendo que en vez de curarse alguna grieta se lo comía, no pudo menos que preguntar:



6.—«Pues ¿no decía que era para curarse las grietas?»
«Señora... ¡acaso le parece ésta chica!...» dijo abriendo la boca.

instancias, inventó una ingeniosa mentira. Dijo que los senadores habían discutido la cuestión de si valía más para la República dar dos mujeres á un marido ó dos maridos á una mujer. Esta noticia aterrorizó á la madre, que salió de casa azorada y contó la cosa á otras damas romanas. Al día siguiente una multitud de consternadas matronas se reunió á las puertas de la curia, y allí, gimiendo y llorando, decían que valía más dar dos maridos á una mujer que dos mujeres á un marido. Los senadores, al entrar, se preguntaban, asombrados, qué significaban aquel tumulto y aquellas súplicas. Entonces Papirio, adelantándose, les contó las importunidades de su madre, y la mentira con que él había salido del paso. Los senadores, prendados de su discreción é ingenio, decretaron que desde entonces los hijos no pudiesen entrar con sus padres en la curia, y que este favor sería sólo reservado á Papirio.

Se dice muchas veces, aludiendo á la conducta que deben observar las personas que ocupan ciertos cargos ó se hallan en determinada situación de evidencia, que *la mujer de César, no sólo debe ser honrada, sino también parecerlo*. El origen de esta frase es que la mujer del célebre Cayo Julio César celebraba, con otras mujeres, ciertos misterios religiosos. Un joven patricio calavera, Clodio, se introdujo en el palacio durante la noche, en el momento de la celebración de los misterios. Una esclava le sorprendió en el cuarto de la mujer de César, y, á la mañana siguiente, lo fué contando de manera que, por la noche, Roma entera conocía la aventura. César, sin averiguar más detalles, que indudablemente hubieran demostrado la honradez de su esposa, la repudió en seguida, y como se le reprochara su precipitación, dijo que la mujer de César, no sólo debía ser honrada, sino, además, parecerlo.

En el año 480 antes de J. C., Jerjes, rey de Persia, invadió la Grecia, y acampó su ejército en Macedonia. El desfiladero de las Termópilas era el único paso de la Tesalia. Leónidas, rey de Esparta, se apostó á la entrada de dicho desfiladero con trescientos espartanos, y resistió durante muchos días al ejército de Jerjes, que contaba más de dos millones de soldados. Pero la traición de un pastor, que reveló á las tropas persas un paso secreto que las permitió envolver á los griegos, hizo inútil la abnegación de Leónidas y los suyos. Entonces éste hizo grabar sobre una roca la siguiente inscripción: «¡Caminante! vé á decir á Esparta que hemos muerto aquí obedeciendo sus leyes.» Después abandonó el desfiladero, penetró de noche con sus trescientos espartanos en el campamento de Jerjes, y allí se hicieron matar peleando. Este hecho histórico ha pasado á ser proverbial con el nombre de *paso de las Termópilas*.

Lúculo, general romano, de familia consular, era extremadamente rico y gastaba muchísimo en la mesa.

Un día que su cocinero le sirvió una comida relativamente modesta:

—¿Qué es esto? exclamó Lúculo, ¿qué significa una mesa tan mal servida?

—Como el señor no me dijo que tuviera nadie á comer... dijo el cocinero.

—¿Qué importa? replicó el amo; cómo yo en mi casa: ¡Lúculo come en casa de Lúculo!

Las opulentas comidas de Lúculo han pasado á la historia.

Un farmacéutico francés propone, para hacer potable

el agua, un procedimiento que consiste en diluir en 30 litros de agua dos claras de huevo. Verificada la mezcla, se calienta á 100 grados, con lo cual se coagula la albúmina, formando una vasta red que arrastra las materias heterogéneas; esta red, por la ebullición, sube á la superficie en forma de espuma. Una vez fría el agua, se filtra y concluye la operación. Procedimiento nuevo, cómodo y sobre todo barato.

Contra los sabañones se aconseja la siguiente pomada:

Óxido de zinc	2 gramos.
Creosota.	2 »
Láudano.	2 »
Vaselina.. . . .	50 »

Úntense por la mañana y por la noche las partes enfermas.

¿Vale algo nuestra existencia si no se puede contar con el verdadero afecto de un amigo? ¡Qué placer más suave es hallar un ser con el cual podemos hablar con la misma libertad con que hablamos con nosotros mismos! ¡Qué ventaja sacaríamos de la prosperidad, si no hallásemos quien pudiera regocijarse de ello, tanto como nosotros! ¡Y cómo es posible soportar el dolor sin un amigo que se aflija más, si cabe, que nosotros mismos!—CICERÓN.

Hay en la amistad una especie de mutuo respeto del que no se puede prescindir sin quitarle su más bello adorno.—CICERÓN.

No hay favor más dulce que el amor, como tampoco lo hay más amargo; es miel y hiel á la vez.—PLAUTO.

La guerra civil corrompe más á los soldados que á sus jefes.—TÁCITO.



UNA NUEVA CRISTALERÍA

En todas las casas hay cierto desván al que fueron á parar infinidad de objetos más ó menos preciosos, pero que el tiempo ó los inevitables accidentes de la vida han deteriorado.

Así como la química moderna se aplica á imitar la naturaleza, haciendo surgir nuevos productos de elementos, al parecer, ya gastados, nosotros podemos, en nuestra reducida esfera de acción, devolver al uso diario muchos de esos objetos del desván, aunque sea alterando la olímpica paz de los ratones.

He aquí varias botellas rotas: pues sin perjuicio de utilizarlas *todas* á su debido tiempo, vamos á escoger una que se rompió (no ella sola) por la mitad de su longitud: y de esa botella podemos sacar un vaso bastante original y barato cual ninguno.

Para conseguir tal resultado bastará ejecutar lo siguiente: colocada la mitad inferior de la botella encima de una mesa bien nivelada, se la llena de aceite hasta la altura que se quiera dar al vaso; luego se hace enrojecer al fuego una barrita de hierro ó acero, que se toma con pinzas para no quemarse los dedos: se introduce brusca-

mente esa barrita dentro del aceite, y al cabo de un rato, por efecto de la enorme diferencia de la temperatura entre la parte no sumergida y la que contiene el aceite, el vidrio se cortará automáticamente siguiendo la línea del líquido y quedando *ipso facto*, formado un vaso que tiene, entre otras ventajas, la de salir barato y aparentar mayor cabida de la que realmente tiene, problema buscado por los venteros de todos los países.

Es preciso limar algo los bordes, desgastándolos con esmeril para que no corten los labios; y si no se tiene



esmeril á mano, puédense redondear con lima de acero, pero teniendo la precaución de efectuar dicho trabajo introduciendo en el agua el vaso, la lima y las manos; con la elasticidad del agua se amortiguan las vibraciones del vidrio y, por consiguiente, los choques con el cuerpo duro no ocasionan ruptura.

Por estos medios pueden obtenerse vasos que, si no resultan dignos de figurar al lado de las renombradas copas venecianas, pueden ser útiles como medidas, abrevaderos de pájaros, recipientes, etc.

Con un poco más de trabajo se convierten dos de estos vasos, colocados en situación opuesta entre sí, en un tosco reloj de arena: ciérrase para ello con pergamino pegado á los bordes la parte libre de la circunferencia de cada vaso: se adhieren los dos por medio del cemento para pegar el cristal, que se vende en las ferias, y agujereando los dos polos de los conos opuestos con el mismo orificio, por medio de una lima circular de *rabo de ratón*, se unen con un canutillo de vidrio que deje pasar libremente la arena y se fija con el cemento; se vierte la arena en uno de los recipientes, y reloj en mano, se mide el tiempo que tarda en vaciarse el recipiente superior: conseguida la cantidad de arena equivalente á la duración que se desea, se tapa entonces la circunferencia que se había dejado libre, con el pergamino (1).

Estas operaciones requieren bastante habilidad y paciencia, pero el resultado es curioso; si se quiere fabricar ese reloj hay que escoger dos vasos bien chatos, de igual diámetro, y cuyos conos del fondo tengan la cabida más igual entre sí que sea posible, lo cual podrá averiguarse antes valiéndose de la misma arena.

JULIÁN.

(1) Con este aparato no puede conseguirse una medida exacta, pero sirve de algo, siquiera no sea más que para ejercitar la habilidad del lector curioso.

Solución á la charada anterior:

A-GUA-CE-RO

Solución al jeroglífico:

VIVA LA GALLINA Y VIVA CON SU PEPITA

Solución al enigma cuadrado:

M I S A
I N É S
S E D A
A S A R

CHARADA

Si mi *todo* vale poco,
siempre vale más que nada;
pues, ó mucho me equivoco,
ó es un tema de charada.

Si la *una cuatro* metí,
el lector me lo dirá;
mas se me figura á mí
que decirlo no querrá.

Una dos cuatro buena es,
y hasta *tres cuatro* lo abona;
la propagó un buen francés
que merece una corona.

Se hace *tres una* al soldado
y también lo hacen al preso,
y en todo fardo pesado
hay dos tres aunque esté ileso.

No vale el *todo*, lector,
(siendo ruin en este mundo)
que en buscarle con ardor
pierdas siquiera un segundo.

A. X.

ROMBO

.
.
.
.
.

Sustitúyanse los puntos con letras de modo que leídas vertical y horizontalmente digan: 1.^a, letra; 2.^a, mineral; 3.^a, nombre de mujer; 4.^a, provincia española; 5.^a, mineral; 6.^a, especie de verso; 7.^a, vocal

Comunicado por R. M., de Barcelona.

FUGA DE CONSONANTES

E. .a.e. .e.o.i. i. .e.a
.a.e .a .e.a .e.i.i. i. .a.e.

Comunicada por L. M. de V.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios para reproducirlas en *La Velada*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.^ª*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Gran sastrería de A. Medina

BARRA DE FERRO, 8, 3.º

BARCELONA

— Constante surtido de géneros del país y extranjeros —

CASA DE ENTERA CONFIANZA

NOTA IMPORTANTE. — Con un pequeño aviso por correo se pasa á domicilio á tomar medida

NUEVO
 DICCIONARIO DE QUIMICA
 POR EMILIO BOUANT

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA

PATENTE DE INVENCIÓN funcionando sin ruido
VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
 AL CONTADO Y Á PLAZOS
 — 18 bis, AVINÓ, 18 bis. — BARCELONA —

NOVÍSIMO

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO

DE LA LENGUA CASTELLANA

EL MÁS COMPLETO EN SU CLASE DE LOS PUBLICADOS HASTA HOY

REACTADO EN VISTA DE LOS DE

Dominguez, Salvá, Caballero, Roque Barcia, Fernández Cuesta, Rosa y Bouret, Vélez de Aragón, y varios de los enciclopédicos más modernos

por el doctor

D. DELFIN DONADIU Y PUIGNAU

Catedrático de la facultad de filosofía y letras de esta universidad literaria

Este importante DICCIONARIO formará tres tomos de grandes dimensiones, repartiéndose por cuadernos de 24 páginas, ó sea de 72 grandes columnas cada uno al precio de 50 céntimos de peseta en toda España.

LA TIERRA SANTA
 FOR
 D. VÍCTOR GEBHARDT



El aperitivo de más confianza son seguramente las PÍLDORAS CATÁRTICAS DEL DR. AYER. Exceptuando casos muy extremados, los médicos ya no recetan purgantes drásticos, recomendando en su lugar una medicina más suave é igualmente tan eficaz. La favorita son las

Píldoras del Dr. Ayer,

cuyas superiores virtudes han merecido el certificado de los químicos del Estado y tambien de un buen número de médicos distinguidos y farmacéuticos. Los certificados oficiales llevan el sello de los correspondientes oficias. No se conoce otra Píldora que satisfaga la demanda del público en general como medicina de familia

Segura, Eficaz y Agradable.

Cuando se sufre de estreñimiento, dolor de cabeza, dispepsia, ictericia, mal de hígado ó de bilis, tomese las Píldoras del Dr. Ayer, las cuales no tienen igual.

Preparadas por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E. U. A. Las venden los Farmacéuticos y Traficantes en Medicinas.

CRISTÓBAL COLÓN
 POR JOSÉ MARÍA ASENSIO

Edición monumental. — Se reparte por cuadernos á una peseta cada uno.

BÉNÉDICTINE

De la Abadía
de
FÉCAMP
LICOR
EXQUISITO et DIGESTIVO
SIN RIVAL

DEPOSITO: BURDEOS
108, cours du Jardin-Public

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE. — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.ª, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.ª — Coruña; don E. de Guarda. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.ª — Málaga; don Luis Duarte.